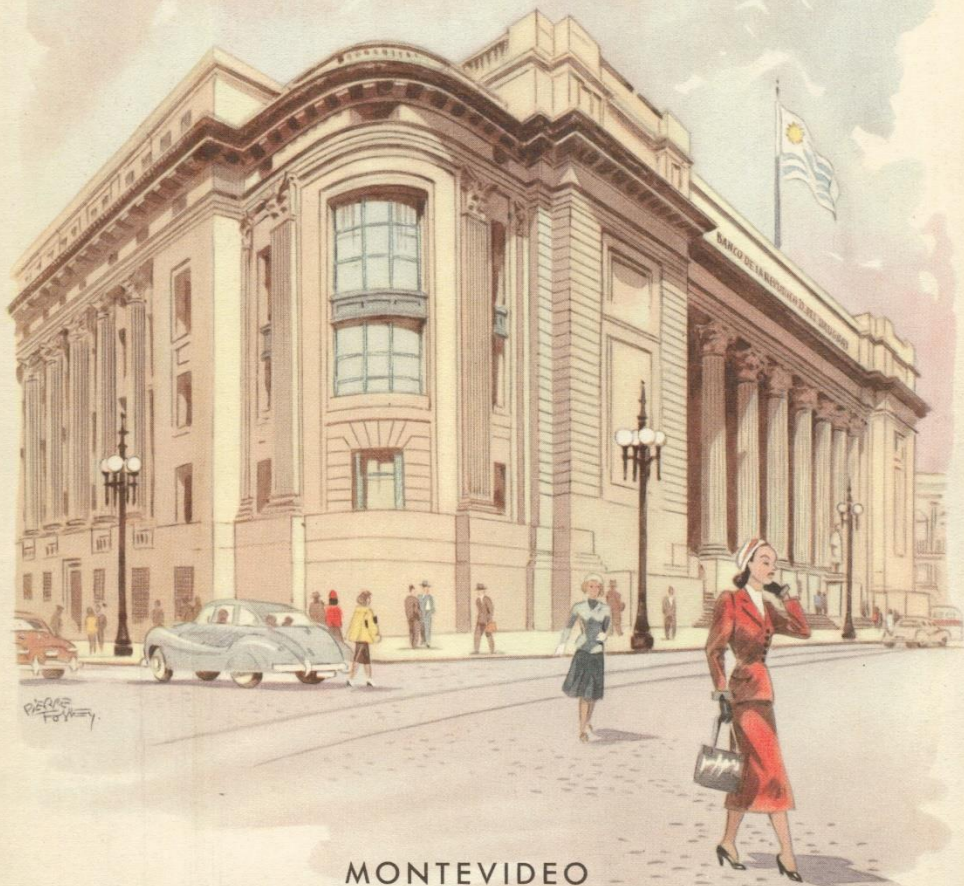


BANCO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY



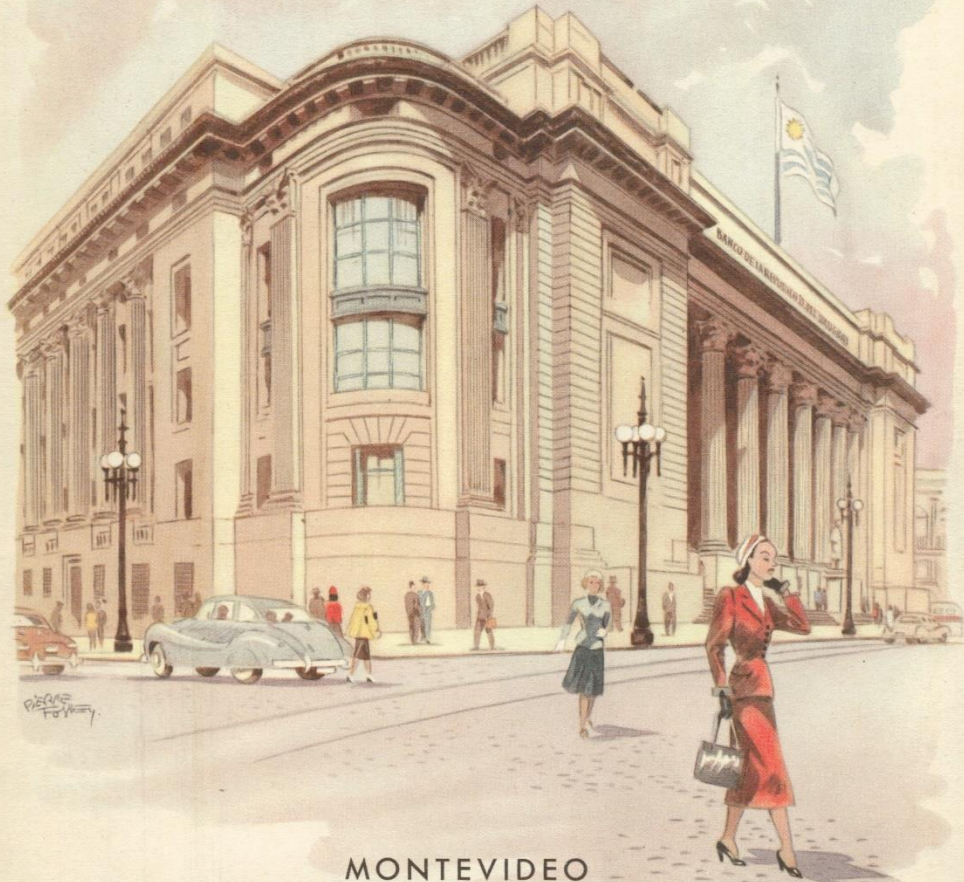
Pierre Fossey: la elegancia de las líneas de fuga

Pierre Fossey nació en Gavarnie, Francia, proveniente de una familia de pintores. Luego de recorrer el mundo se enamoró de una uruguaya llamada Itumelia García, con quien se casó en 1938, afincándose en Montevideo hasta su muerte, producida una tarde muy fría del año 1976.

Fui su alumna en la Casa de la Cultura del Prado, a la que concurría en mi adolescencia. Tomaba un ómnibus en la ciudad de Las Piedras y me bajaba pasando el Viaducto del Paso Molino. Recorría la calle Lucas Obes con alegría, porque me esperaba aquella casona inmensa y señorial, cuyo frente daba al liceo Bauzá. Las veredas del liceo eran bulliciosas porque en ella se agolpaban los alumnos con sus conversaciones y risas, pero –en contraste- apenas se traspasaba la puerta de ingreso de aquella casa diletante y recoleta, un rumor sofocado de conversaciones doctas lo impregnaba todo. Salvo, de tanto en tanto, alguna voz elevada que recitaba parte de un diálogo o desgranaba un monólogo: eran los alumnos de Elena Zuasti, que daba clases de teatro en la planta baja.

Para acceder a los salones de dibujo y pintura había que subir por la larga escalera curva de madera. A medida que se ascendía, el olor a trementina y óleo aumentaba. Múltiples caballetes alternaban con bancos de amplios posabrazos, aptos para dibujar. Aquí y allá, alumnos que reproducían cuadros; o retrataban compañeros que se convertían en modelos para el grupo; o que miraban por la ventana procurando captar el difícil escorzo de la arboleda circundante, vista desde el segundo piso. Con el lápiz en la mano y la hoja Caballito en la falda, o frente a la tela apoyada en el caballete. Todos esperando la observación certera y siempre breve de Pierre, que se sentaba junto a uno para corregir una línea o tomaba el pincel para agregar un toque de luz que resolviera el dilema de otro. “Copien sólo para aprender la técnica, luego hay que crear”, -decía-y con asombrosa rapidez deslizaba suaves líneas de fuga entre las cuales hacía crecer columnas, frisos, escalinatas y –mágicamente- un edificio entero captado en toda su armonía. Era el rey de la perspectiva.

BANCO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY



MONTEVIDEO

Frente a cada modelo (todos lo éramos, en algún momento) nos enseñaba a delinear las proporciones, concentrarnos en la mirada, en un detalle sobresaliente y significativo, en un gesto característico. Carbonillas, lápices 2B para los trazos más oscuros y las desgastadas gomas eran las herramientas con las que nos enseñó a inmortalizar un rostro. Siempre con la sonrisa en la boca, la ironía refinada de un francés cosmopolita y una artillería de anécdotas propias que nos regalaba para enseñarnos el difícil camino del arte como modo de vida. Difícil, pero posible y un buen camino para ser feliz. Él lo era.

Viajé en primera en un gran barco –nos contaba- no porque fuera adinerado, por lo contrario, todo mi capital se fue en la compra de ese pasaje transoceánico, pero precisaba las ventajas de la primera clase. Porque por las mañanas – continuaba- yo subía a cubierta y observaba a las damas que tomaban sol, a los caballeros que leían el periódico, a los grupos que conversaban animadamente. Elegía a alguien y comenzaba, a discreta distancia, a retratarle. Pronto lo notaban y se producía la expectación del caso. Satisfechos, pagaban lo que fuera por ese retrato. Gracias a eso, bajé en el puerto de Montevideo con dinero suficiente para instalarme.

Las risas y el asombro que causaba entre nosotros no detenían el relato. Lo primero que hice – confesaba, no sin cierta picardía- fue comprar una camioneta a la que le hice sacar el asiento trasero, instalando allí un banco que miraba hacia atrás, con una mesa adosada. De forma que estacionaba en la rambla, por ejemplo, una tarde de marea alta y viento fuerte y podía cómodamente sentarme a dibujar de cara a las olas que salpicaban por encima de los muros. Disfrutaba cada rincón de Montevideo, enamorado de su arquitectura, de su gente, de sus espacios públicos. Pierre retrató Montevideo y el país, con sus líneas elegantes, con su maestría en la perspectiva, con su trabajo prolífico e implacable, ansioso de comerse a gajos un país y una sociedad que amaba. Fue un uruguayo de vocación, nacido en una Francia que seguía viva (sin nostalgias) en sus rrrrrr arrastradas y en su refinado gusto plástico.

Docente de raza, nos trataba a todos y cada uno como si fuésemos promesas para el

BANCO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY



arte. Casi todos defraudamos esas expectativas, pero ninguno dejó de hacer algo que era inevitable y que le daba sentido a su vida: adorarlo. Encontrar su mirada, sus trazos y su estilo en estos cuadros que retratan a uno de los edificios más hermosos de Montevideo, me ha producido una enorme emoción. Agradezco al BROU ese reencuentro con Pierre, con que me han regalado.

Ana Ribeiro